

## IX. RESEÑA

---



© Óscar Muñoz. *El puente*. Proyección desde el puente Ortiz sobre la superficie del río Cali. 2004.



© Óscar Muñoz. *El puente*. Proyección desde el puente Ortiz sobre la superficie del río Cali. 2004.

# Los tonos de la verdad. Ensayo psicoanalítico

ÁLVARO DANIEL REYES GÓMEZ\*

Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, Colombia

Karothy, Rolando. *Los tonos de la verdad. Ensayo psicoanalítico*. Buenos Aires: De la Campana, 1996. 380 páginas.

En *Psicopatología de la vida cotidiana* Freud nos muestra cómo, vía investigación psicoanalítica, podemos establecer nuestra sujeción o determinación a ciertos números dichos, aparentemente, al azar. En su inclinación por ilustrar sobre la verdad inconsciente considera paradigmáticas a las tramas asociadas con dichas cifras. Sabemos desde entonces que ciertos significantes nos traman bajo el modo de un número, dando cuenta de la realización fantasmática del deseo e impulsando a la re-petición teñida de goce del borde, y del desborde del objeto, del *a*, siempre perdido. Así las cosas, unos determinados números se engarzan con letras y aciertan al ser índice o muestra de una verdad cuyas tonadas inquietantes son efecto de lo ajeno e íntimo a la vez: “íntimo”, podríamos decir.

Veinticinco es el número de capítulos del ensayo del analista argentino Rolando Karothy, dispuestos en tres partes. Estos tienen una frase común en el título “El problema de la verdad en [...]”; tal repetición, sabemos, conlleva tanto

algo de lo mismo como una diferencia. Ciertamente, las 380 páginas son una trama hecha en relación con el borde agujereante circunscrito por la verdad, un tanteo avisado e ilustrado respecto al carácter necesariamente problemático de su presencia. Los veinticinco son, entonces, una manera de ir cifrando cada una de las partes del libro. La primera de ellas es la más extensa, reúne ocho escritos que giran en torno a unas de las inflexiones de la verdad en la historia de las ideas, empero, no se trata de una revisión al modo de un estado del arte o cosas por el estilo, sino de una búsqueda que hace nexos con el campo psicoanalítico. La segunda parte hecha las tintas en nuestro campo. Son diez punzantes textos dedicados, sobre todo, a las elaboraciones lacanianas. El concepto de verdad en Freud tiene un número, no más. Tal distribución parece consecuente con lo variopinto de las producciones de Lacan. La tercera parte, a su vez, hace eco de los insalvables ruidos de lo institucional en dos ámbitos: uno ligado con la formación de los analistas y el otro con la política en cuanto ella no puede, por estructura, dar cabida al deseo. El capítulo XXII, denominado “La voluntad del Führer”, es ejemplar con respecto a la diferencia entre el deseo del analista y el del político. Específicamente, cuando a este lo anima la certeza de la existencia de un lugar donde persiste lo verdadero. Tal seguridad con las consecuentes posturas guerreristas es la piedra de toque del fracaso paranoico y, al mismo tiempo, un motor, un sostén del apoltronamiento

\* e-mail: adreyesg@unal.edu.co

**CÓMO CITAR:** Reyes Gómez, Álvaro Daniel. “Los tonos de la verdad. Ensayo psicoanalítico”. *Desde el Jardín de Freud* 16 (2016): 337-340, doi: 10.15446/dfj.n16.58173.

© Obra plástica: Óscar Muñoz

recurrente de ciertos dirigentes de claro tono segregacionista, en la dirección de Estados o facciones políticas, tal como ocurre desde el fundador del imperio chino y hasta hoy, en países como los nuestros.

Así las cosas, el texto del analista argentino, desde el capítulo xxv hasta el I tiene, como en los números freudianos, cifras afines con los asuntos “intimantes” de la verdad. Varios de los escritos funcionan como una especie de ensayo dentro del ensayo, al ser intentos por acentuar pinceladas de lo singular, sin dejar de señalar las tensiones de los coros totalitarios o de las marchas universales pretendiendo, sin cesar, la adecuación entre la cosa y el decir, concepción clásica de la verdad cuyas figuras colorean tanto el Yo de cada quien como el cientificismo galopante y, con frecuencia, las fascinaciones de las masas. Desde Aristóteles, nos itera el texto, se pretende hacer de lo verdadero y de las mentiras, no inevitables producciones humanas —efectos de verdad!—, sino algo allí, cual esencia presente o dada.

Hagamos ahora unos comentarios más precisos en relación con cada una de las tres partes, con el propósito de incitar lectores, aclarando de antemano que no hay linealidad entre los veinticinco textos sino modulaciones, tonalidades, con lo que es factible comenzar por este o estotro de los capítulos evidenciándose, como en un análisis, el talante del lector como productor de lo escrito. Tampoco dejamos de indicar nuestras preferencias sobre algunos de los números y sus temáticas.

El acento de la primera parte, “El problema de la verdad en la historia de las ideas”, está puesto en unos filósofos y en otros teóricos quienes dictan, todavía, ciertas notas respecto al asunto de nuestro interés. Hay un sucinto pero preciso recorrido por hitos con respecto a las “Teorías de la verdad”, en el capítulo II, junto con sus coordenadas en la cultura occidental. Hay también una falta, la de las referencias a la verdad, a sus efectos y a sus modulaciones allende Occidente, reconocida hasta cierto punto en el texto.

Empero, esta carencia no es de su exclusividad sino del campo analítico mismo, cuyo estatuto y consecuencias estarían por dilucidar. En todo caso, se notan las diferencias que marcan las rajaduras hechas por el psicoanálisis; es cierto, la manera como Freud propone la escucha analítica, la “atención flotante”, es condición de posibilidad para circunscribir la dimensión del deseo y va contra la noción más extendida, popular y perdurable de la verdad: la aristotélica, con su demanda para que coincida lo dicho con aquello a lo cual se hace referencia.

Esta primera parte trae referencias no siempre detalladas por Lacan en sus elaboraciones. Al mismo tiempo, permite notar cómo se entretajan entre él y Freud tintes en relación con la castración y con el síntoma. Bajo el entendido que este recorta una dimensión de la verdad, mientras la castración indica su lugar. El capítulo IV, titulado, “Un pedazo de real”, es una muestra del tono de esta primera parte, allí se hace un entramado cuyos hilos discurren a partir de las tres alusiones de Lacan respecto del célebre griego que se arranca los ojos, pues estorban la contemplación del mundo exterior: es una elaboración altisonante sobre Demócrito y el “Número de oro”, en tanto este da cuenta del objeto *a*, “como sustancia del sujeto [...] como su ser mismo”. El sujeto, en consecuencia, sería equiparable al “Número de oro”, en tanto “real radical”<sup>1</sup>.

La segunda parte del libro, “El problema de la verdad en el Psicoanálisis”, es claro indicio de las gradaciones, matices o visos de dicha complicación. En efecto, se retoman unas de las elaboraciones freudianas para destacar enlaces y diferenciaciones con la mentira, con la ciencia, con las cosmovisiones, con las creencias y, finalmente, con lo real. Ahora bien, las letras lacanianas multiplican estas y otras cuestiones al indicar más orillos y visos. El capítulo XI abre

1. Rolando Karoth, *Los tonos de la verdad. Ensayo psicoanalítico* (Buenos Aires: De la Campana, 1996), 79.

las exploraciones sobre el concepto de verdad en Lacan, ubicando una periodización de su enseñanza en función de tal temática, lo cual constituye un aporte pues no es común hallar ordenaciones con tal criterio en los desarrollos del analista francés. Desde allí se vislumbran entonces aristas en función de la verdad, unas van por la vía del saber, otras por el camino de la imposición sorpresiva, unas más dicen de su función de hablar sin decirlo todo, mientras otras toman la ruta de su carácter ficcional. Está también el giro de la verdad en tanto lugar mismo, agenciando al agente, en cada uno de los discursos. Y desde allí unos recodos se abren para ser explorados: aquellos en relación con el semblante, con el fantasma, con el amor... En fin, nos topamos, para cada una de estas cuestiones con, por lo menos, un ensayo dispuesto para tratar de cumplir con algo de la expectativa enunciada por Karothy al comienzo de su libro: “producir algo más que algunas babas al remover las inerciales piedras del sentido común”. Así las cosas, los distintos recovecos y las variaciones mostradas en estos ensayos, acaso sean valiosas para pensar ciertos efectos en el campo analítico, no en función del toparse con la aridez de la unicidad de la verdad —verdad a secas—, sino con la fecundidad, no babosa, de la descomposición.

Y por tales senderos podríamos ubicar el contexto de la portada del libro, el cuadro de Picasso *Campesinos durmiendo*. Esta pintura sorprende por la divergencia respecto de lo esperado, no parece pintada por el célebre español, produce una especie de descomposición frente a la mayoría de sus producciones. A su vez, los campesinos guardan colores, temáticas, tonalidades de otros artistas, un cuadro de Van Gogh es el más afín. La fecundidad de Picasso —más de 20.000 composiciones!— da una idea de las coloraciones de eso verdadero que lo llevaría no a buscar, sino a encontrar sin hallar del todo. La diferencia, con sus coloraciones, sería otra tonalidad de la verdad cuyos efectos no se hacen esperar. Este cuadro corresponde con el carácter fragmentario del libro,

es afín a su composición y a su temática, donde no todas las “pintas” de la verdad pueden estar. Por ejemplo, las referidas a sujetos infantiles y a la neurosis escasean, mientras hay un mayor desarrollo respecto a la psicosis.

La idea de Borges, citada por Karothy, según la cual, el más peligroso laberinto es una línea recta, conecta la referencia a los trazos cortados del cubismo de Picasso —incluido el corte hecho por el cuadro *Campesinos durmiendo*— y resume bien lo crucial de la tercera parte del libro que comentamos, donde se abordan algunos de los vericuetos del funcionamiento de las instituciones en relación con el poder y con el saber. Además, se hacen ensayos sobre algunas de sus consecuencias cuando se pretende dar línea para actuar rectamente. Esa tercera parte se titula “El problema de la verdad en la práctica psicoanalítica y la clínica institucional”. Varios de los capítulos son provocadores en relación con la manera como se han organizado las instituciones donde los analistas discurren: las instituciones clínicas donde trabajamos y aquellas donde estamos formándonos. Ambas tienen en común la inquietud por el acto analítico y por estar articuladas con el Otro y con la filiación. Las elaboraciones de Karothy subrayan las complicaciones para evitar los efectos señalados por Freud en relación con dos masas artificiales, la Iglesia y el Ejército. ¿No son acaso esas las dos grandes líneas o peligrosos laberintos por donde suele transitar el devenir analítico, haciendo eco de otras instituciones, esto es, de las cuestiones del Padre, de su idea o teoría y de la sumisión? El capítulo xx, “El semi-decir de la verdad en la relación Freud - Lacan”, analiza o disecciona el modo de hacer institución y de asociarse del uno y del otro. Sostiene que ni Lacan ni Einstein lograron congruencia entre sus formulaciones teóricas y la puesta en acto de las mismas, cuando de hacer institución se trata.

En otros de los apartados se avanza con respecto a la sublimación por sesgos no usualmente transitados, también se abordan las posturas paranoicas geniales como las de Rousseau. Finalmente, a nuestro juicio, el capítulo xxiii, “La política del

mango”, propone, respecto del laberinto de recta línea, su uso para la destitución del lugar del amo, en tanto ocupación de la verdad, o lugar de los nombres del padre, para que, quizás, no continúen repitiéndose los efectos del casamiento entre lo religioso y lo militar, cuya fórmula correspondería con las oraciones de bautizo nazi a los recién llegados:

Creemos en el Dios del Universo  
Creemos en la misión de nuestra sangre  
que mana eternamente joven en la tierra  
Creemos en el pueblo portador de la raza  
Y en el Führer que Dios nos ha enviado.<sup>2</sup>

2. *Ibíd.*, 344.

